

Viajes imaginarios

Angel A. ÁLVAREZ HURTADO

Primer Accésit

Cuando el cuerpo oscilante de Simon Hope fue descolgado pendiendo de su cinturón de la barra de ducha de la celda, el rumor de su muerte ya se había propagado como un reguero de pólvora por todo Sing-Sing y el impacto que la noticia ejerció en la mente de todos y cada uno de sus habitantes ya fueran éstos funcionarios o huéspedes forzosos fue tal que ni los octogenarios condenados a perpetua recordaban jamás una jornada presidida por un silencio tan espeso e incómodo. A las ejecuciones, la población reclusa se terminaba acostumbrando, y lo del motín del 83, quién más quién menos, sabía que terminaría como acabó. Por supuesto, no se trataba del primer suicidio en la historia de Sing-Sing ni, obviamente, sería el último, pero dos factores contribuían poderosamente a convertir el luctuoso suceso en un hecho realmente excepcional; a saber: la fascinante personalidad del finado y el insólito hecho de que apenas le quedaran dos semanas para cumplir una condena que en su momento había sido fijada en veinte años y un día.

Y es que nadie se explicaba cómo un tipo que había dado con sus huesos en la trena a los veintitrés años podía haber acumulado tal cantidad de conocimientos sobre los más recónditos y variopintos rincones del planeta, pero lo cierto es que no había ciudad, monumento o maravilla natural que Simon no asegurase conocer de primera mano o, al menos, haber estado meridianamente cerca. Por más que la concurrencia dudase de sus historias, era tal la prolijidad de los detalles y la vehemencia del narrador que resultaba impensable, después de escucharle, dudar de la veracidad de sus viajes, ya versasen éstos de sus vacaciones en China, su luna de miel en París o sus safaris en Kenia. Como era imposible pillarle en un renuncio relacionado con sus historias se llegó a aceptar cual dogma de fe su autenticidad, pese a no entrar en cabeza humana que pudiesen haber tantas experiencias en tan poca vida, igual que una bañera no podría albergar el contenido del océano, tal era el compendio de lugares que afirmaba conocer Simon. De ahí que a los dos años de su ingreso en prisión y de haberse defendido más que convincentemente de los que lo acusaban de fantasioso o directamente de mentiroso patológico ya fuese conocido por todo el mundo en Sing-Sing como *Mister Turismo*, o *Don Ubicuo*, apodo que se prefería en los círculos más desconfiados.

A medida que la fama de sus fabulosas historias crecía, el círculo de asistentes a su corrillo en el patio se multiplicaba, y es que de la mano de Simon cualquiera podía en una sola sesión de recreo saltar de hacer *trekking* en el Perito Moreno a asistir a una representación de "Los Miserables" en Picadilly, pasando por una emocionante travesía por el Danubio navegando por Centroeuropa; y eso era mucho viaje para una concurrencia que no contaba con otra forma de hacerlo. Había quien decía que Simon había trabajado para el *National Geographic*, otros afirmaban que había sido un

trotamundos sin oficio ni beneficio hasta que la policía se había interpuesto en su camino durante el asalto a mano armada de un banco en Cleveland.

Cuando los funcionarios procedieron a registrar meticulosamente su celda no encontraron nada sospechoso, excepción sea de un telegrama del abogado de Simon hecho un gurrúño en una papelera, que rezaba:

“¡Maldita sea, Simon!, ¿Qué has estado fumando? Estuve contigo el sábado por la tarde y te puedo asegurar que no estábamos en ningún Fiordo de los Sueños ni nada por el estilo. No pierdas la chaveta. Solo quedan dos semanas”.

Si esa apostilla tenía algo que ver o no con el suicidio de Simon parecía en cualquier caso un misterio que éste se había llevado consigo. No había cartas de despedida ni nota de confesión o expiación alguna que pudiese ayudar a construir una lógica cronología de los acontecimientos. Sea como fuese, una cosa era clara, Simon había resuelto hacer caso omiso de los consejos de su abogado y decididamente había perdido la chaveta.

A la mañana siguiente cuando el alcaide Cliver estaba peleando furiosamente con una pila de expedientes y libros de contabilidad, un súbito sudor, como si un gélido líquido punzante le recorriese los huesos, le intranquilizó. De repente tuvo la certeza de que algo no iba bien y aguzó el oído. Y ahí estaba la respuesta. Nada, prácticamente no se oía nada. Miró por la ventana, y excepción hecha de tres negros lanzando unos tiros en la cancha de básquet, cada cual paseaba ensimismado sin hablar con nadie. Jamás en lo casi treinta años que llevaba de alcaide en Sing-Sing algo había sido tan estruendoso. Sólo una vez había experimentado un silencio parecido y fue cuando Simon Hope le había descrito aquella ocasión en que había acompañado a un grupo de científicos a la falda del volcán Erebus, allá en el corazón de la Antártida.

Hasta los catorce años, Mary Dawson había creído ser hija de madre soltera por mucho que su madre se hubiese afanado siempre en contarle que su padre había fallecido al caerse de un andamio estando ella encinta de Mary. Pero la pequeña Mary no era tonta, y de ser cierta la versión de su madre no tendría sentido que ambas compartieran apellido. Por eso cuando el día de su decimocuarto cumpleaños recibió una carta sin remite con una postal de la catedral de San Basilio en sus interior que aseguraba estar escrita por su padre, no fue del todo una sorpresa, pues algo bullía desde hacía tiempo en su interior que le hacía desconfiar de la historia oficial. Tanto la caligrafía como el contenido eran confusos, dando la impresión de haber sido escritos en un furioso ramalazo. En ella su padre daba a entender que desavenencias con su madre no hacían conveniente por el momento un encuentro, que si hasta ahora no había tenido noticias suyas era porque hasta muy recientemente le había sido imposible dar con su paradero, que él viajaba mucho por motivos profesionales pero que siempre la tenía en sus pensamientos, y que a partir de ahora intentaría mantener contacto con ella, si bien se temía que éste tuviese que ser unidireccional habida cuenta

que para él mismo resultaba en ocasiones imposible saber dónde pernoctaría al día siguiente.

Esa de Moscú fue la primera de una inacabable sucesión de postales de los más diversos puntos del globo: Ámsterdam, Nápoles, Ciudad del Cabo, Melbourne, Tokio, Cardiff, Salzburgo, Alejandría, Bagdad, Ulan Bator, Islas Marquesas (ésta fue en decimoctavo cumpleaños y llegó con un paquete envuelto en papel de regalo que incluía un disco de Jacques Brel y un facsímil del cuadro de Gauguin Jinetes en la playa), Tortuguero, Maracaibo, Honolulu, Anchorage y una variopinta lista de lugares más. Mary coleccionaba todas y cada una y fantaseaba con cómo serían todos esos sitios, a la vez que especulaba con cuál sería su próximo destino. Todas las postales tenían algo en común. Todas le decían lo mucho que a su padre le gustaría que ella lo estuviese acompañando en su visita a tal o cual palacio, o glaciario, o teatro o...; y por supuesto todas tenían el matasello del estado de Nueva York. Cada noche se acostaba deseando soñar que estaba con su padre en una inmensa playa, aunque no fuera Acapulco ni en Isla Mauricio, aunque fuera aquí al lado, en Long Island.

Cuando Mary consiguió el acceso a la Escuela de Periodismo de la Universidad de Columbia no le pudo contar a su madre la verdad sobre el origen del dinero que faltaba para pagar la matrícula. Tampoco su madre quiso indagar mucho más. No le costó mucho esfuerzo a una avezada periodista en ciernes averiguar con un sencillo trabajo sobre el magnífico funcionamiento del Servicio Postal del Estado de Nueva York que la procedencia de todas esas tarjetas no era otra que el mítico correccional de Sing-Sing. Al año siguiente se matriculó en la opcional Metodología de investigación y contrastación, y tras contactar con el alcaide Cliver, al que los ojos le hicieron chiribitas ante la posibilidad de que su nombre figurase en una publicación de Columbia, obtuvo todo tipo de facilidades para una tesis que llevaría el sugerente título Flujos de información en una población reclusa. Fue pan comido saber que la persona que le había llevado de viaje a tantos sitios no era otra que Simon Hope, bibliotecario en Sing-Sing, condenado a veinte años y un día por robo a mano armada, al que solo faltaban unos meses para cumplir su pena.

Por eso, cuando Mary recibió una carta de su padre que no contenía postal alguna se extrañó mucho, y tuvo que releerla varias veces antes de comprender qué podía haber ocurrido.

“Mi muy querido abogado: no puedo ocultar que no me supone lástima alguna el inminente cese de nuestra relación profesional. Agradeciéndole la ayuda prestada en todos los recursos interpuestos durante estos largos años, me despido adelantándole que si alguna vez vuelve a tener noticias más seguramente será con una postal de la mezquita de Djangareyber en Tombuctú, lugar maravilloso que me avergüenza reconocer que aún no conozco, error que pienso subsanar en cuanto dé por concluida mi estancia en mi actual alojamiento”.

Me preparaba un lingotazo de whisky en mi despacho de la pequeña y por qué no decirlo,

manirrota editorial que regento en Houston Street, cuando me fijé en el paquete que había recibido esa misma mañana y que había abandonado debajo de un cúmulo de papelotes y facturas. Me había llamado poderosamente la atención el remitente: ni más ni menos que el alcaide de Sing-Sing, así que ahora, a solar en mi despacho, no pude esperar al día siguiente y, azuzado por la curiosidad, me dispuse a abrirlo. Una hoja de papel precedía a un gran cuaderno manuscrito; la hoja rezaba así:

“Nadie conoce mi secreto. Todos van a dormir a sus celdas. Gruñen un saludo y se encierran a esperar que estos tabiques, que son mis aliados, les roben otro día. Yo me escondo bajo las sábanas y como cada noche preparo mi fuga. Estos muros transparentes conspiran en mi ayuda y al poco de cerrar los ojos ya los estoy atravesando. Ni una legión de ángeles custodios me podría parar, tal es la fuerza de mi determinación. La pequeña Mary me espera con la ventana de su habitación abierta tal y como hemos acordado. ¿Dónde llevarla esta noche? Da igual. No tiene sentido darle muchas vueltas; nunca habrá suficiente vida para tanto mundo. Quizás hoy le enseñe cómo soplan los vientos allá abajo, en el cabo de Buena Esperanza”.

Policromía Apócrifa

José Luis BRAGADO GARCÍA

Segundo Accésit

Ahora, cuando el cielo anuncia cárdeno el nacimiento de un nuevo día, vuelvo a relatar por enésima vez los hechos, al policía que, sentado ante la mesa, teclea con estupor y se altera a medida que yo narro lo acontecido. Nada le convence y, exasperado, me solicita una explicación racional para desentrañar la aparición de los cuatro cadáveres.

Apenas han transcurrido cuarenta y ocho horas, desde que yo transitara feliz por la angosta carretera de este recóndito valle. Y, lo sobrevenido, me fustiga la mente, llevándome a los umbrales de la locura, a pesar de tener muy presente lo ocurrido.

Viniendo desde Riaño, antes de entrar en Cantabria, observé en la lejanía la espadaña de sillería. Conduje el coche hacia las ruinas de aquel cenobio sin premeditación, con un gesto inconsciente que me hizo encontrarme de pronto sorprendido y confuso. Debía estar en Santander el lunes por motivos de trabajo y, aunque era sábado, cualquier incidencia meteorológica podría atraparme en este lugar de los Picos de Europa.

Me adentro por un camino estrecho y angustiado, por el hecho de subsistir que, discurre por una subida penitente, obligando a mi coche a ir tan lento como si cargar con una cruz auestas. Al final, convertido ya en vereda, agoniza mucho antes de llegar a su destino, entre unas hayas ascéticas que sufren bajo el cilicio de sus ramajes. En una mochila meto una linterna, agua, y comienzo a caminar, soportando una brisa norte bastante fresca, acompañada por una espesa niebla fantasmagórica que aparece y desaparece. A ambos lados tengo la gloria blanca de las cumbres nevadas; cimas abrumadoras con caídas verticales; arroyos enfurecidos como almas en condena. El paisaje parece el perfecto marco para la más heroica de las óperas wagnerianas, aunque yo soy más de Vivaldi.

Atravieso un robledas, bajo la seducción de la floresta, y siento el embrujo del bosque pleno de colgantes líquenes grises. Oigo un aleteo. Observo unas huellas extrañas. La escarcha chasquea. La niebla sube y baja para entregarse a las ramas desnudas, atormentadas y ansiosas de primavera. Camino, y mi espíritu se va impregnando de la respiración del bosque. Aunque en ocasiones creo haberme perdido. ¡Al fin!, hallo en antiguo monasterio de Temple. Tan sólo se conserva en pie la espadaña aventada. A sus vanos saqueados les faltan las campanas. En sus pies yacen los sillares descarnados de la iglesia, con unas naves que muestran su osamenta, su cuerpo agusanado intentando ahuyentar con sus gritos de abandono, los miedos del paisaje aterido.

En mi largo viajar he conocido decenas de iglesias y eremitorios, capillas y monasterios, dedicados a vírgenes y santos por muchas razones venerados, que incorporan su presencia a bosques, peñas, cuevas y manantiales milagrosos y benditos. Yo conocía la leyenda —ahora sé que es verdad— de ese pasadizo que comunica el priorato con suntuosas dependencias soterradas. Túnel, en cuyos muros, comentan los escribanos, que no sería difícil descubrir hasta un cementerio de hombres emparedados, en cumplimiento de no se sabe qué justa o injusta condena.

Por espacio de dos horas, recorro sin prisa las ruinas que zigzaguean igual que rayos de tormenta fosilizados y que, pese a su silencio, son como aullidos de lamas en pena. En un recoveco, entre un laberinto de sillares, la luz del mediodía golpea la aldaba de una trampilla produciendo un silencio de colores. Es raro, pero evidente, que no hace mucho ha sido movida. La abro con precaución. Ante mí una escalera se arremolina en forma de caracol. Con el haz luminoso desciendo por ella. La pila de la linterna lleva puesta bastante tiempo pues produce una luz muy tenue y titubeante. Me detengo y compruebo que el silencio es absoluto; se puede pensar que lo tenebroso del lugar está constituido de silencio. Recorro el estrecho y largo pasillo. Al caminar, noto la gruesa capa de polvo que amortigua mis pisadas. Un polvo denso, gris, depositado lentamente durante centurias y, sobre él, descubro asombrado un grupo de huellas, quizás recientes, que se pierden tras una puerta. La traspaso. El aposento adereza lo muros con una artística anaquelera de madera de nogal donde reposan una enorme cantidad de albarellos de procedencia talaverana. Estoy en lo que fue una botica. El aroma de hierbas y polvos de siglos me envuelve con una embriagante sensación. La estancia se alarga para dar cobijo al laboratorio. En él, se hallan varios alambiques de cobre rodeados de matraces, crisoles, hornillos, peroles, cazos, pildoreros, clisteres, espatuleros y demás

útiles usando para realizar fórmulas químico-galénicas.

El frío arrecia casi tanto como en la calle. La linterna apenas es un hilo de luz amarillenta. Emocionado por el descubrimiento me dispongo a salir, cuando escucho voces airadas en la escalera. Un miedo atroz me empuja hacia los cuartos del fondo, buscando dónde esconderme. Tropiezo con un numeroso grupo de imágenes religiosas amontonadas. La luz se vuelve temblorosa y parece dar vida al lugar. Casi a tientas, encuentro una oquedad entre los sillares que, antaño, debió servir como depósito, y me escondo en ella. Las voces retumban y sacuden sillares. Se abren algunas puertas, repican algunas pisadas. A medida que se acercan, tiritito de miedo en la oscuridad. Les siento próximos. Discuten entre ellos, buscando a un culpable. Sus gritos de abren paso y me acosan. Alguien olvidó cerrar la trampilla y la encontraron abierta. No fue ninguno de ellos, fui yo. Varias linternas inundan la estancia donde me hallo, de luz. Un sonido de cerámica al romperse les distrae, y me permite ver cómo tres hombres gesticulan y entrecruzan acusaciones. “Vamos a ver qué es lo que contenía —dice uno— aquí pone “Kuavioúxo”. ¡Qué horror! Sé lo que es. El olor que desprende el veneno liberado huele a rastrojo quemado y, la luz, bajo el artesonado mudéjar, me descubre las esculturas de un Nacimiento esculpidas a tamaño natural, labradas y envueltas en un vaho de gritos y luces.

Uno de los tres hombres habla con fuerza, casi con rabia. Caen sus órdenes en ramalazos grises. “¡Envolved las imágenes con los plásticos!” Huele a silencio de piedra, a humo aromado de siglos, a alquimia en busca de la piedra filosofal. El hombre que se ha detenido junto a las imágenes, asiente a todo cuanto le ordena su compañero. Lleva un rato en plena faena cuando de pronto exclama: “¡La mula ha movido la cabeza!” Las risas del compañero y el enfado del jefe rebotan en las paredes centenarias y producen un ruido de colores. Siguen sesenta segundos de silencio, interrumpidos por un “¡Me ha mordido!” Un brazo desnudo muestra unas incisiones rojizas y dramáticas. Al soltar la imagen de golpe, el compañero da un traspiés, y cae sobre la cabeza del buey. Sus largas y afiladas astas penetran por la espalda y asoman sobre su pecho. Entre estertores, ejecuta la danza de la muerte. Un silencio mortal ha solidificado a los dos compañeros. Las linternas destellan y zigzaguean en una maraña de rayos bajo la tutela del terror. El jefe del grupo, entre blasfemias, con irisaciones de codicia, ordena subir a la pared al compañero para descolgar un antiquísimo cuadro del Misterio de los Reyes Magos. “Tiene buena firma, haremos con él dinero, y volveremos para enterrar a Miguel; después, seguiremos sacando”. Entre temblores, obediente, asciende por unos estantes, va ciñendo el talle a la pared. Trepa con torpeza hasta descolgar el cuadro, pero el polvo acumulado y el miedo, hacen que se le escape de sus manos. Al intentar recogerlo, cae sobre la imagen de San José. Un alarido de dolor sigue a una profunda congoja. Se oye un trémulo castañear de dientes. Soy yo. Un haz ilumina las lamentaciones compungidas del caído que, en el suelo, abraza boca abajo la escultura. La vara del santo se ha roto y asoma por la espalda del accidentado, es obvio que ha entrado por su pecho. La realidad se torna áspera, agria, y oscura. El jefe se aproxima, agachándose incrédulo ante lo que acaba de ocurrir. Yo lo he visto todo desde el lugar en que me escondo, como veo una enorme cruz sin el Cristo. Cruz

alzada que espera a que alguien inicie una procesión, parece una monumental cruz de cementerio, que ha abandonado el campo de los muertos para buscar la vida entre la muerte de esta botica.

Sobre las imágenes, por cuya policromía resbala en grumos la sangre de las víctimas, se desliza la mirada del capo que parece acostumbrado a ella. Es como si no viera o escuchara nada. No pierde su calma, no reniega de su seguridad. Sus manos musculosas, como de barro seco o de piedra agrietada, apartan a la última víctima para recoger el cuadro caído. Yo, en mi escondrijo, inquieto, no puedo inventar más posturas, hacer más escorzos para estar sereno. El aire comienza a oler a fiebre. A almendras amargas. No puedo más y me levanto con intención de escapar pase lo que pase. Desconcertado al verme, el jefe debe de pensar —por su cara de terror— que soy una gárgola que cobra vida y surge tras la niebla o desde las entrañas de un albarello. La linterna cae de sus manos y retrocede hasta tropezar con imágenes y cadáveres. Retumban unos ruidos como truenos encadenados que se multiplican en ecos con pavor. La botica ahora es un reloj sin engranajes que intenta detener el tiempo, pero el tiempo ha dejado sus arañazos, su sedimento, sus posos. Sobre la cabeza del jefe que yace en el suelo, la enorme cruz ya no puede ocultar el creciente charco de sangre que mana de su cabeza.

Se oyen unos pasos que se acercan, y arrugan de pronto, el remanso de la estancia. Permanezco inmóvil, recostado sobre el polvo centenario. Las voces y los pasos se detienen en el pórtico del infierno. Y, me encrespo en un oleaje de histeria por la que ralea el pánico. Pero no soy el único. El nuevo visitante, que llama por sus nombres a las víctimas, comienza a pasear la luz de su linterna por las imágenes que se empequeñecen, tratando de pasar inadvertidas, diluyendo sus perfiles, suavizando sus aristas, proclamando su inocencia sobre un horizonte de sangre. Y de pronto, como si hubieran disparado unos arcabuces con pólvora de rebotica, levanta el vuelo en desbandada, tropezando en su huida y rebozándose con el contenido del gran albarello que rompieron los hombres a su llegada.

Desfallecido, salgo al exterior con dificultad después de haber vencido a la muerte, aunque para ello me apoye en la nitidez de la locura. Emprendo el regreso, quebrando albores desde la grisura de la tarde rasgada por lo vivido. Nada entre las ruinas se mueve. Todo conserva su seriedad y realidad. Pero al enfilar el camino, me topo con un cadáver impregnado en un polvo blanco, dijérase que es un ser escapado de un sepulcro, pero no, es un cuerpo rebozado en cianuro. Atrás, el cenobio vuelve a jugar a lo irreal, para desconcertarme, e inventa con su silueta un monasterio que naufraga hacia el crepúsculo.

Todo ha sido una pena si pausa y, ahora, maldigo con pesar, la amarga decisión de desviarme de mi ruta. Y, aquí yago, en el calabozo de un pueblecito perdido de los Picos de Europa, solicitando a la divina providencia una explicación que no me llega. Mientras, los policías ordenan mis declaraciones. Ensamblan las enigmáticas piezas de colores variados, cual si quisieran reconstruir una sacra vidriera rota. A su vez, en el exterior, la nueva mañana intenta transformar en azul, el morado de unos cielos todavía dormidos, de unos cielos que conservan, como una pesadilla,

los terrores recientes de la noche.

© El Autor y La Asociación Literaria y Cultural Café Compás de Valladolid

El Certamen

Nació por las inquietudes literarias de un grupo de amigos liderado por Rafael Martínez Sagarra, con el objetivo de descubrir escritores noveles. Y como aliciente para tantos escritores anónimos se le dotó con un pequeño premio en metálico, una escultura del artista Feliciano Alvarez y, lo más importante a juicio de los organizadores, la publicación de un libro con la obra ganadora, los accésit y los finalistas.

El relato "Vuelo 66", de Ana Ayuso Salazar, ha sido el ganador de la XIV Edición del Certamen Literario Café Compás. Resultando premiado con 3.000 Euros y su publicación en un libro de relatos.

El acto de entrega de premios se realizó el día 16 de junio de 2011 en el Paraninfo de la Universidad de Valladolid (UVA).